

LUDWIG WITTGENSTEIN. LA FILOSOFÍA ANALÍTICA

Nació en Viena en 1889, en una familia acomodada y culta en cuya casa se reunían algunas de las personalidades más notables de la Viena de fin de siglo. Después de estudiar ingeniería en Berlín, se interesó por las matemáticas y sus fundamentos lógicos, tema en el que ya estaban trabajando G. Moore y Bertrand Russell en la universidad de Cambridge y allí se trasladará Wittgenstein para estudiar con ellos.

Al declararse la primera guerra mundial regresó a Viena y se alistó como voluntario en el ejército austriaco; durante el conflicto – en el que fue hecho prisionero- fue recogiendo los pensamientos filosóficos que, una vez seleccionados, darán lugar a la única obra que publicó en vida, el *Tractatus Logico-Philosophicus*, la obra más representativa de su primer periodo. Al acabar la guerra, renuncia a la vida académica y a su parte de la fortuna familiar, y ejerce durante un tiempo primero como maestro y luego como jardinero, bastante retirado del mundo. No obstante, en 1929 decide volver a Cambridge, donde reanuda sus trabajos en filosofía, y donde finalmente es nombrado profesor titular en 1939, sustituyendo a Moore. En esta época escribió la primera parte de sus *Investigaciones filosóficas*, obra en la que presentará una perspectiva totalmente distinta a la mantenida en el *Tractatus*. En 1942 abandona la Universidad nuevamente para participar como camillero en la 2ª Guerra mundial. Tras una breve vuelta a la docencia, renuncia a su cátedra y se retira definitivamente en Dublín, donde termina la segunda parte de sus *Investigaciones filosóficas*. Muere en 1951.

Su pensamiento se suele dividir en dos periodos, que presentan dos concepciones filosóficas distintas; el primer periodo,- denominado *primer Wittgenstein*- se refleja en el *Tractatus* y proporcionó los elementos básicos del movimiento neopositivista; la filosofía del segundo período - *segundo Wittgenstein*- quedará recogida en las *Investigaciones filosóficas*, y ejercerá una enorme influencia sobre la filosofía analítica.

El giro lingüístico de la filosofía y el movimiento analítico

Las ideas de Wittgenstein -que han ejercido una enorme influencia sobre el pensamiento del siglo XX- pueden encuadrarse, junto con otros autores que mencionaremos brevemente a continuación, en un amplio movimiento filosófico que recibe el nombre de Filosofía analítica, y que se desarrolla a lo largo de todo el siglo a través de distintas corrientes sucesivas. En líneas generales se caracteriza por ser un movimiento de tendencia empirista, especialmente preocupado por el tema del lenguaje y el conocimiento y con la convicción de que el estudio y clarificación del lenguaje, constituye el núcleo básico de la actividad filosófica.

El interés de este movimiento por el lenguaje, arranca de la convicción de que el conjunto de explicaciones y teorías (es decir de significados) que los hombres constituimos sobre la realidad es de índole lingüística; el lenguaje no sólo es la expresión del pensamiento, sino también su condición de posibilidad; lo mismo que Kant habría subrayado la dependencia de los objetos con respecto a nuestra manera de conocer, los filósofos analíticos, subrayarán la dependencia del pensamiento de las estructuras del lenguaje. El lenguaje es la forma en que expresamos nuestros pensamientos, pero también el instrumento que los hace posibles.

El movimiento analítico se desarrolló en tres etapas sucesivas:

1ª. El atomismo lógico: representado por G. Moore, B. Russell, y el primer Wittgenstein, (es decir la teoría que elabora y expresa en su primera obra: *Tractatus*); estos autores subrayarán

la idea de que hay un paralelismo entre el lenguaje y la realidad, de forma que aun no siendo la misma cosa ambos tienen la misma estructura; y pretenderán construir un lenguaje lógicamente perfecto que evite cometer los errores en los que, a su juicio, ha estado perdida la filosofía.

2ª. El Neopositivismo lógico, que desarrollará un grupo de intelectuales agrupados bajo el nombre de Circulo de Viena, (Moritz Schlick, Rudolf Carnap, y Karl Popper posteriormente, entre otros) que se inspiran en las ideas de los atomistas lógicos para desarrollar una concepción estrictamente empirista de la ciencia, entendiendo por tal únicamente el conocimiento que puede ser expresado con términos observables y que puede ser verificado, o al menos, falsado a través de condiciones empíricas bien claras, por lo que el neopositivismo excluye del ámbito científico todo lo que no contenga alguna resonancia no contrastable .

3ª. La filosofía analítica, representada por el segundo Wittgenstein, es decir por el pensamiento de este autor recogido en “Investigaciones filosóficas”, obra en la que da un importante giro a su filosofía y en la que renuncia a la construcción de un lenguaje lógicamente perfecto, para analizar el lenguaje cotidiano y su uso en las diferentes situaciones de la vida.

El atomismo lógico: G. Moore, B. Russell y el Primer Wittgenstein

La filosofía dominante en las universidades inglesas a principios del siglo XX era el idealismo hegeliano que concebía la realidad como un conjunto interdependiente de elementos para entender cada uno de los cuales se necesitaba tener en cuenta todas las relaciones que mantenía con los otros. De ese idealismo, contrario al sentido común, pretenden librarse algunos pensadores como G. Moore o Bertrand Russell, herederos de la tradición empirista.

Y lo hacen defendiendo que el mundo está constituido por muchas realidades o hechos que aunque se presenten interconectados son independientes. Por eso, para comprender el mundo hay que analizar esa complejidad, hasta descubrir sus elementos constituyentes, aquello que podríamos denominar átomos de la realidad. Pero, como ya hemos dicho, también son conscientes de la especial importancia que juega el lenguaje en esa tarea de comprensión, porque a través de él captamos y expresamos la realidad que nos rodea.

Por tanto, si nuestro acceso al mundo se produce a través del lenguaje, éste será el marco y la condición de todo conocimiento, de manera que su análisis nos revelará las estructuras de la realidad.

Por eso la tarea de clarificación de la filosofía no debe realizarse directamente sobre las cosas, sino sobre el lenguaje a través del cual las pensamos, expresamos y comprendemos. Queramos o no, la realidad es para nosotros lingüística, así que “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (pról. Tractatus...) según lo expresa el propio Wittgenstein.

Así, estos pensadores, a los cuales se unió Wittgenstein en su etapa del Tractatus, consideran que la única función del lenguaje es representar la realidad. El lenguaje es, entonces, una “pintura” (o figuración) de la realidad (teoría del lenguaje retrato) y si puede describirla es porque ambos - lenguaje y realidad- comparten una misma estructura - lo que W. llama forma

lógica - (es decir son isomórficos), y el análisis de las estructuras lingüísticas nos revelará también la estructura de la realidad. A esta filosofía se la llamó **atomismo lógico**, y pretende introducir claridad conceptual en el ámbito de las ciencias y especialmente en el de la filosofía, eliminando del discurso todos los componentes improbables.

En parte eso sucede porque los lenguajes naturales en que nos expresamos cotidianamente son muy ricos en matices y significados, de forma que resulta muy complicado a veces saber de qué estamos hablando con precisión; por eso para determinar el sentido de lo que decimos - y por consiguiente- para saber con precisión a qué cosas del mundo nos estamos refiriendo cuando hablamos de filosofía o de cualquier otra cosa, debemos analizar el discurso hasta encontrar sus componentes elementales, porque son ellos los que conectan la lógica con la realidad.

Por tanto, para evitar equívocos y errores, la primera tarea de la filosofía será traducir el lenguaje natural a un lenguaje artificial, matemático, un lenguaje bien construido donde se muestre claramente el significado de nuestras afirmaciones.

Así explica B. Russell, de quien Wittgenstein tomó muchas de sus ideas, este objetivo:

“En un lenguaje lógicamente perfecto, las palabras de una proposición se corresponderían, una a una, con los elementos constitutivos del hecho al cual corresponden, salvo las partículas como "o", "no", "si", "pues", que tienen una función diferente. En un lenguaje lógicamente perfecto habrá una y sólo una palabra para cada objeto simple, y todo lo que no sea simple se expresará por medio de una combinación de palabras”

Bertrand Russell: La filosofía del atomismo lógico

En un lenguaje así, es relativamente fácil detectar errores, desenmascarar engaños y saber cuando las palabras nos están llevando a afirmar cosas que en realidad no querríamos afirmar.

Pues bien, el análisis lógico del lenguaje nos muestra que éste está formado por elementos más simples o atómicos, fundamentalmente los **nombres** que aparecen en lugar de los objetos y las **proposiciones**, que describen los hechos, es decir las relaciones existentes entre las cosas, y que son las unidades mínimas de significado.

Y habrá, por tanto, **proposiciones atómicas**- que se refieren a hechos simples (como la proposición "Javier escribe") y **proposiciones moleculares** que se refieren a hechos complejos (como "Javier escribe y suena una canción"); estas proposiciones complejas en realidad están formadas por proposiciones atómicas unidas por palabras especiales, tales como "y" "o", "si", etc.

En realidad todas las proposiciones son, como ya hemos dicho, figuras o representaciones de la realidad, en un doble sentido: porque constan de elementos (palabras) que se corresponden con objetos de la realidad, y porque estas palabras están combinadas – si las proposiciones son verdaderas- como lo están las cosas a las que representan. Utilizando un ejemplo, podríamos decir que el lenguaje es como un cuadro: éste representará a la realidad, si recoge las cosas existentes y las pinta como son.

Todo esto implica, que hay un método relativamente fácil de averiguar si lo que decimos es algo comprensible, con significado, y también es fácil averiguar si es verdadero o falso:

- Una proposición atómica será verdadera si representa o no un hecho real (la proposición "Javier escribe" será verdadera si efectivamente se da el hecho de que hay

una persona llamada Javier que está escribiendo y falsa en caso contrario), y en el caso de las proposiciones moleculares dependiendo de las relaciones que se establezcan entre las proposiciones que la forman (en el caso de la proposición “Javier escribe y suena una canción” donde las proposiciones se unen con la conjunción “y” será verdadera si hay una persona llamada Javier que está escribiendo y, al mismo tiempo, suena música) (las tablas de verdad de la lógica será el método empleado para averiguar la verdad de las proposiciones moleculares)

Pero ya sea verdadera o falsa, esa proposición tiene sentido, porque describe uno de los estados posibles de la realidad, en este caso relacionada con Javier. Eso es un hecho, un estado de cosas realmente acontecido, aunque hay otros estados de cosas que aunque no se den son posibles (podría ser, siguiendo con el ejemplo anterior, que no sonara la música, o que Javier no estuviera escribiendo, o que no sucediera ninguna de las dos cosas). Todo eso son posibilidades lógicas, posibilidades que permite la realidad aunque sólo se dé de hecho una de ellas.

Por lo tanto si una palabra o nombre no se refiere a ninguna cosa, o en una proposición no figura ningún hecho posible, esa proposición carece de significado o sentido, puesto que no puede asignársele un valor de verdad. Una proposición tiene, por lo tanto, sentido, si representa una situación que puede darse en la realidad (aunque de hecho no se de ahora)

Así podemos encontrar:

- Proposiciones tautológicas – siempre verdaderas- (por ejemplo la proposición llueve o no llueve) o contradictorias -siempre falsas- (llueve y no llueve) que son el terreno de la lógica y la matemática, que no dicen nada sobre el mundo (unas porque concuerdan con todos los posibles estados de cosas y otras porque no concuerdan con ninguno)
- Proposiciones contingentes, que describen los hechos posibles (y cuya verdad o falsedad debemos ver en la experiencia para averiguar cuál de las posibilidades es la real) y que constituyen el territorio de las ciencias- tanto naturales como sociales o humanas (siempre que se correspondan con acontecimientos de la realidad)
- Y proposiciones sencillamente sin sentido, aquellas que a pesar de lo sugerentes que puedan ser, manejan un lenguaje que no obedece a los principios de la lógica, bien porque sus componentes carecen de referentes o porque sus elementos están combinados de manera anómala, aunque tengan una apariencia lógica (el triángulo es inteligente , Eduardo es un número primo, la angustia revela la nada....)

Estas reflexiones llevan a W. a trazar los límites del lenguaje, que radican en distinguir entre lo que puede decirse con sentido y lo que no. El lenguaje debe emplearse para hablar de lo que es posible en el mundo, no para referirse a estados de cosas imposibles. Y esto es lo que hace la filosofía cuando pretendiendo hablar de Dios, del yo, del bien o del sentido de la vida, - es decir de aquellos temas que tradicionalmente corresponden a la metafísica- maneja las proposiciones con cierta apariencia lógica para la que, sin embargo, no hay referentes en los hechos. Eso supone traspasar los límites que el lenguaje tiene marcados . Por eso Wittgenstein cree que:

“La mayor parte de las proposiciones e interrogantes que se han escrito sobre cuestiones filosóficas no son falsas, sino absurdas (...) y estriban en nuestra falta de comprensión de nuestra lógica lingüística” 4.003

Así pues, la filosofía no puede decirnos nada del mundo; sólo las ciencias se ocupan de los hechos que son y de los que pueden ser, es decir de la totalidad de lo real. La filosofía no puede decirnos nada nuevo sobre las cosas o nosotros mismos, no es una ciencia cuyas afirmaciones puedan ser verificadas, sino una actividad de vigilancia y clarificación del lenguaje.

“La finalidad de la filosofía es la clarificación lógica del pensamiento. La filosofía no es una doctrina, sino una actividad. El resultado de la filosofía no son "proposiciones filosóficas, sino la aclaración de las proposiciones”.

L. Wittgenstein: Tractatus

“El método correcto de la filosofía sería propiamente éste: no decir nada más de lo que se puede decir, o sea, proposiciones de la ciencia natural – o sea, algo que no tiene que ver con la filosofía- y entonces, cuantas veces alguien quisiera decir algo metafísico, probarle que en sus proposiciones no había dado significado a ciertos signos. Este método le resultaría insatisfactorio – no tendría el sentimiento de que le enseñábamos filosofía- pero sería el único estrictamente correcto” 6.53

No obstante, y a pesar de esta conclusión que todos los empiristas aceptarían (y así lo hicieron los filósofos del Círculo de Viena, partidarios de un riguroso análisis científico en el que no debía quedar ningún rastro metafísico) Wittgenstein no negó - como tampoco lo hizo Kant- la importancia de esas ideas. Todos esos temas se sitúan en el campo de lo “*místico*” o “*lo inexpresable*”, la esfera del sentido de las cosas, que no puede ser transcrito en términos lógicos, pero que es mucho más importante y básico que lo que podemos decir. La ética, la estética, la religión, no hablan de *cómo* es el mundo, sino de *qué* es, de su sentido y valor, pero eso no puede expresarse con proposiciones, se muestra o se vive.

“Sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado lo más mínimo”

Podríamos decir entonces, que Wittgenstein reconoce que lo único que puede decirse con claridad son las proposiciones que constituyen la ciencia; las grandes cuestiones de la transcendencia o el sentido quedan fuera del mundo, porque nuestro lenguaje no nos permite hablar de ello, lo mismo que a veces nos quedamos sin palabras cuando una emoción nos altera profundamente o un sentimiento nos abruma; es lo inefable, aquello “*de lo que no se puede hablar*”, y por tanto aquello sobre lo que hay que callar”.

El Segundo Wittgenstein: Las investigaciones filosóficas.

Wittgenstein comenzó a defender ideas opuestas a las mantenidas en el Tractatus , tras su regreso a la universidad en 1929, y cuando las publicó condensadas en las Investigaciones filosóficas él mismo calificó esta nueva etapa como una corrección de las tesis mantenidas en el periodo anterior

Si en el Tractatus su idea del lenguaje era referencialista (el sentido del lenguaje está en aquello a lo que se refiere o designa), ahora ve claramente que el lenguaje no sólo designa cosas y hechos, sino que esta función es sólo una de las múltiples tareas que el lenguaje posibilita, lo mismo que una magnífica caja de herramientas nos permite realizar distintos trabajos. Además de su función referencial -la que cumple cuando lo utilizamos para afirmar cosas sobre la realidad - el lenguaje nos sirve para preguntar, expresar deseos, dar órdenes, rogar o contar un chiste. Ninguno de esos usos puede ser transcrito a un lenguaje perfecto, pero son tan significativos como la más clara de las proposiciones científicas, y cumplen a la perfección su papel de comunicarnos y transmitir lo que deseamos y entender lo que otros transmiten y desean.

Así que Wittgenstein reconoce que la visión del Tractatus era una concepción primitiva – y un tanto simplista- del lenguaje y que, en realidad, la capacidad del lenguaje para describir es sólo una parte del lenguaje, de hecho la única parcela que puede transcribirse en términos del lenguaje perfecto, susceptible de ser verdadero o falso. La riqueza del lenguaje natural no puede ser encasillada en el lenguaje de la lógica, pero es que además ésta es una pretensión inútil, porque sólo afecta a una pequeñísima parte de nuestra vida, aquella que se refiere a hechos.

Lo importante no es, por tanto, la relación de referencia entre las palabras y las cosas, ni que haya una forma de lenguaje privilegiado, sino el hecho de que existen múltiples usos del lenguaje, diversos juegos lingüísticos que empleamos en diferentes situaciones, entre los que pueden detectarse un parecido aire de familia, pero cada uno de los cuales posee sus propias reglas. El lenguaje está relacionado con las formas de vida y como hay muchas formas de vivir y muchas situaciones distintas que vivir el lenguaje se adapta a ellas.

De esta manera, Wittgenstein se dio cuenta de que el único requisito para poder hablar es saber usar las palabras, y de que el significado del lenguaje viene dado por su uso, y la sintaxis ha de hacer sitio a la pragmática

Pero aunque sea verdad que no hay lenguaje privilegiado, o juego lingüístico mejor que otro, sí hay, sin embargo, ciertos usos del lenguaje que son adecuados y otros inadecuados, por lo que es necesario respetar las reglas de uso de las palabras en cada contexto. Como en el caso del Tractatus, éste es el objetivo de la filosofía, analizar los diferentes juegos lingüísticos y conocer sus reglas, para emplear las palabras en el justo significado que tienen dentro del juego al que pertenecen.

Si usamos mal las palabras, surgen malentendidos, errores que surgen del hecho de utilizar las palabras en un juego que no es el suyo, como si quisiéramos jugar al ajedrez con las reglas del parchís. Ese juego carece de sentido, porque mezcla dos conjuntos de reglas distintos

Y eso es lo que Wittgenstein cree que ha sucedido en la filosofía tradicional, como ya señalara en el Tractatus, al incurrir en errores metafísicos por querer utilizar las palabras en un juego que no es el suyo

“cuando los filósofos usan una palabra – conocimiento, ser, objeto, yo, nombre- e intentan comprender la esencia de la cosa, uno debe siempre cuestionarse a sí mismo: ¿es la palabra de hecho alguna vez usada de este modo en el lenguaje que es su marco original? Lo que

nosotros hacemos es traer las palabras desde su uso metafísico a su uso cotidiano”
(Investig.)

Por eso Wittgenstein entiende que el objeto de la filosofía es “*mostrar a la mosca la salida de la botella*”, es decir mostrar cuando una expresión no tiene sentido en el juego del lenguaje en que se está utilizando, e indicar el uso o los usos en donde el problema desaparece. La investigación filosófica es, en el fondo, una terapia destinada a disolver los problemas a través la investigación gramatical.